Opinión

El faro

11.194 catalanes

César Vidal

Lo ha reconocido el propio gobierno catalán y el dato resulta escalofriante. Desde enero de 2013 hasta diciembre de 2017 murieron 11.194 residentes en Cataluña mientras esperaban la aplicación de la ley de dependencia. El 74 por ciento habían sido evaluados y se les había reconocido el derecho a ocupar un lugar en una residencia de ancianos. No fue así por la sencilla razón de que no existían las plazas para convertirlo en realidad y no existían por la sencillísima razón de que el dinero que recibe el gobierno catalán, vía Agencia tributaria, procedente de los bolsillos de los contribuyentes españoles se emplea en otras cuestiones. Gracias a esos dispendios en expandir el nacionalismo catalán en Aragón, Valencia y Baleares; gracias a ese derroche que significan las embajadas de Cataluña en el extranjero desde las que se expande el odio a España; gracias a ese despilfarro de asesores – algunos de ellos defensores públicos del golpe del 1-O – la Generalidad de Cataluña carece de dinero para atender lo que verdaderamente debería atender, por ejemplo, a los dependientes. La situación ya es muy grave en la actualidad porque seis habitantes de Cataluña mueren al día por la no aplicación de las normas de dependencia, pero será mucho peor en un futuro en el que en pocas décadas el número de dependientes alcanzará al doble. Trabajaron toda su vida. En algunos casos, serían naturales de Cataluña que habrían dado todo a la región donde vieron la primera luz; en otros, personas procedentes de otras partes de España que ayudaron a levantar Cataluña en los años sesenta para que entonces se convirtiera en la zona más próspera del territorio nacional. Sin embargo, a la hora de la verdad da lo mismo que su apellido fuera López o Palau. Unos y otros han muerto, en su mayoría octogenarios, a la espera de una plaza que jamás disfrutaron. Si hubieran sido nacionalistas de cualquier rama, si hubieran pertenecido a una asociación musulmana de supuesta integración, si se hubiera tratado de feministas empeñadas en sembrar el odio entre sexos o si hubieran defendido a dentelladas las supuestas virtudes de la homosexualidad, los fondos no habrían faltado. Eran simplemente ancianos que habían trabajado toda su vida y a los que se privó del derecho a pasar con algo de dignidad sus últimos días. Gracias, nacionalismo catalán, tú eres el culpable de esas muertes miserables.

> La situación ya es muy grave en la actualidad porque seis habitantes de Cataluña mueren al día por la no aplicación de las normas de dependencia»

El buen salvaje

Un «relator» para cambiar el relato

Pedro Narváez

En toda película de mediadores hay una banda sonora intrigante, una fotografía sombría y un garaje donde unos señores de negro se entregan maletines. Carmen Calvo propone un mediador para que la sátira catalana se convierta en una de espías. Vamos cambiando el género (no el del lenguaje inclusivo, el otro) hasta llegar al esperpento. De facto, lo que el Gobierno admite es que es incapaz por sí solo de llevar las riendas de una Generalitat díscola, que un día pensó sujetar hasta que, como estaba previsto, el caballo se desboca y el problema no desemboca. El Gobierno, al cabo, compara a España con Venezuela donde tantos figurines fueron a zapatear ante Maduro y éste les respondiera con un zapatazo o con un Zapatero. La diferencia es que España, todavía, es una democracia, y el régimen de Caracas, un asaltacunas de la libertad.

Los mediadores de ETA tuvieron escaso éxito, si acaso nos libraron de algunos muertos de más sobre la mesa donde se servía el desayuno con las condiciones en frío, como si no fueran suficientemente gélidas las maneras de asesinar. Calvo lo llama un «relator», un juglar que levante acta de las coplas que allí se canten. La vicepresidenta, tan lista, es única para admitir pulpo como animal de compañía. Se cambia «negociador» por «relator» y ya transforma el sentido de la razón de ser del sujeto. A la muerte la llamaría tránsito. Si quiere convocar a los partidos políticos, primer error, ¿es necesario alguien ajeno para que informe a los ponentes de que lo que allí se pide esta fuera de la Constitución?, segundo error. Si fueran al programa «Ahora caigo» estarían ya todos dentro del agujero.

Las probabilidades de acierto son superiores a las de que toque la lotería. Pues ni aún así. En estos casos, un mediador suele ser un señor o señora de nombre impoluto que acaba convirtiéndose en un patán en manos de los intereses de una parte que busca publicidad y deslegitimar a las instituciones como si aquí un extraño siroco hubiera urdido su facultad de discernir con la constitución en la mano. Es la penúltima concesión a los de Torra para que aprueben los Presupuestos. No les vale la advertencia de que viene la derecha. Quieren un Mandela pero puede colarse un Chuck Norris como en aquella película de sábado por la tarde en la que tocaba mediar para la entrega de unos diamantes robados. La cosa acabó a tiros. Mientras vivan en su jungla de cristal, somos el resto de los españoles los que estamos presos. Que llamen al Vaticano y recen lo que sepan.

> Es la penúltima concesión a los de Torra para que aprueben los Presupuestos. No les vale la advertencia de que viene la derecha»

«...y volvieron cantando»

¡Eureka, Sánchez visitará España!

Julián Cabrera

Definitivamente a los españoles nos ha salido en Pedro Sánchez todo un presidente «tragamillas» con suelo de mal asiento. Pero mantengamos la esperanza y no descartemos que el jefe del gobierno encuentre hueco en su agenda para sumar a España entre el elenco de visitas oficiales por lo largo y ancho del globo o, lo que es lo mismo, que caiga en la cuenta de que existen las «Sorias» además de las «Sirias», junto a una política doméstica que requiere de su respuesta presencial en instituciones de primer orden empezando por el Parlamento. Si tras su llegada a la Moncloa hace 247 días vía moción de censura se ha apuntado a toda convocatoria internacional que se ponía por delante, tal vez eludiendo la lógica distinción previa entre lo gratuito y los imprescindible, confiemos en que pase también alguna temporada enfrascándose en las «minucias» nuestro país.

Tan solo han transcurrido seis escasos días desde su regreso de la gira por Santo Domingo y México, inmediatamente posterior a la visita a las níveas montañas de Davos a la que precedieron otros muchos saltos de Falcon, y resulta que hoy vuelve a echar mano del avión oficial cuando ya ilusionados albergábamos alguna esperanza de que, como Saulo caería del caballo reparando en que viajar puede a veces confundirse con huir de la realidad. Por poner cada cosa en su sitio no seré yo quien minimice la importancia que tiene el papel del presidente en la política exterior de un país, pero da toda la impresión de que alguien en su entorno podría estar cometiendo el error de colegir que la mejor manera de no torear los grandes miuras de la política nacional es envolverse entre las banderas del mundo y ponerse ese traje de estadista internacional que tanto gusta, claro está, a presidentes que llevaban en el poder ocho años y no ocho meses.

Para forjarse una reputación fuera de España hay que hacer antes unos cuantos deberes en clave de política interna. Sanchez, sin embargo, parece más obsesionado en exprimir al máximo la agenda exterior que en dar salida a los grandes problemas del país, con el desafío secesionista catalán sobre la mesa, con una economía que puede estar comenzando a renquear –véase último dato del paro– sin presupuestos a la vista y con 84 insuficientes escaños para gobernar. Sánchez no puede dar la espalda al Senado hasta rayar en el desprecio a la institución, sencillamente porque prefiera alargar su agenda en Davos y así eludir el debate sobre si hay o no pactos con el independentismo catalán tal como le demandaba la oposición, ni obviar que aún se esperan en esta cámara sus explicaciones a propósito de las dudas sobre su tesis doctoral. Ergo, descontados los viajes solo imprescindibles a realizar por todo presidente interino tras moción de censura y compromiso de pasar por las urnas, tal vez Sánchez encuentre tiempo para afrontar una interesante visita oficial a los problemas de España.